

Karla, a las once

*Fernando Zurita**

La sala de emergencias del hospital estaba llena. En los ráidos sillones se apretujaba la gente con cara de angustia. Pero eso no lo notó José María; el dolor era tan agudo que no le permitía siquiera pensar. Pálido y sudoroso, con ambas manos se tomaba el abdomen, doblado sobre sí mismo como una bisagra. Entró caminando con dificultad y encomendándose a Dios.

Le franquearon el acceso y lo desdoblaron para acostarlo en una camilla. La punzada era insoportable. Una enfermera en uniforme color refrigerador antiguo le hacía preguntas para su historia clínica; José María contestaba con esfuerzo, respirando con trabajo.

Después de la valoración física y con el resultado del ultrasonido, el doctor le informó que tendrían que operarlo ese mismo día. –Su vesícula prácticamente estalló. Si no lo operamos hoy, corre el riesgo de una septicemia– le había dicho. Él se persignó angustiado.

Pasada la operación le asignaron el cuarto 237. La habitación se sentía calurosa y vacía. Impersonal. Transcurrió la tarde con molestias. Cerca de las ocho, al pasar visita, el médico le dijo que seguramente tendría que quedarse un par de noches para controlar la infección que el mal funcionamiento de la vesícula le había provocado.

Entre la fiebre y las constantes entradas y salidas de las enfermeras durmió a ratos. Pensaba en Mirta, su esposa, quien se encontraba en un curso en Iowa. No sabía si le habían avisado de la operación. No había tenido noticias de ella.

A las once de la noche entró en la habitación una enfermera que José María no había visto. Pese a la escasa luz, le llamó la atención

* Licenciado en Derecho y escritor. Correo electrónico: [fzuritaescritor@gmail.com].

su belleza refulgente. Cabello rubio corto, ojos inmensos y porte de reina.

–Hola, señor Jiménez, ¿cómo se siente?

–Mmm más o menos, adolorido –contestó él, un poco turbado, sin dejar de admirarla.

–Verá que ya se va a sentir mejor. Me llamo Karla Poussin –dijo la enfermera– estoy en el turno de la noche, pero aquí me va a tener para lo que necesite –añadió con tono pícaro y guiñando un ojo.

José María durmió y soñó con Karla. Su sonrisa y personalidad se habían infiltrado a su subconsciente. A la mañana siguiente, escuchó decir a una enfermera que la fiebre no cedía y que aún no controlaban la infección.

A las doce del día apareció por el hospital su hija puberta. Le llevaba el periódico, un par de revisas y su ipad. Le llevó también la noticia de que su esposa estaba enterada de su operación, que no podía llamarle porque no le permitían usar el celular, y que se quedaría a terminar su curso, que era muy importante.

José María pasó el día inquieto, esperando a que llegara la noche para ver a Karla. Las molestias se desvanecían al pensar en ella. Se percató de que en su mente no había espacio para otra cosa que no fuera ella y sintió remordimiento por su esposa. Jamás le había sido infiel ni siquiera en pensamientos; pero la belleza y seguridad de la enfermera comenzaban a ser una atracción obsesiva. Bueno, pensar en ella no es pecado, meditó tratando de comprar su consciencia

La noche llegó y de nueva cuenta, a las once apareció Karla. Vestía un uniforme y cofia color celeste que resaltaba el pálido azul de sus ojos. Un pin metálico de la Cruz Roja adornaba su solapa. José María se sentía alegre, nervioso y algo confundido en su presencia.

–Buenas noches, mi querido señor Jiménez, ¿cómo va? ¿Me extrañó?

–Por supuesto que te extrañé– respondió él, impulsivamente.

–¿Sabe? Anoche soñé con usted. Estábamos juntos en una playa del Caribe. Fue maravilloso.

–Uff. Ni me digas, que de sólo imaginarlo... ¿Te pido un favor? No me hables de usted. Me llamo José María. Como Morelos.

—De acuerdo, José María, pero ya no hables que te voy a tomar la presión.

Karla se acercó al costado de la cama y estiró el brazo de José María, para colocarle el baumanómetro. Al ponerle el brazalete con la bolsa inflable, pasó entre sus piernas la muñeca y la mano del paciente para detenerle el brazo. Él tuvo una erección al contacto con los firmes y gruesos muslos de ella.

Con la mano izquierda la enfermera comenzó a inflar la bolsa de aire, despacio, en forma acompasada, mientras que su mano derecha recorría el rostro de José María, sus mejillas, su mentón, después bajó la mano al pecho que rozó con la punta de los dedos, hasta llegar al miembro duro de él. Lo acariciaba rítmicamente al compás del soplido de la válvula de aire.

El paciente, al principio sorprendido, comenzó a respirar aceleradamente; se imaginó haciendo el amor con Karla en la playa. Extasiado, pensó por un momento que su presión arterial saldría altísima y sonrió. Después escuchó el soplido de la bolsa que se desinflaba de golpe y sintió que cedía la opresión en su brazo. La enfermera dejó de tocarlo y sacó la mano de abajo de las sábanas.

—Tu presión está bien —dijo desprendiendo ruidosamente el velcro que sostenía el brazalete—, pero la temperatura te la tomo más tarde, porque es probable que ahorita salga alta —dijo guiñándole el ojo—. Toma, te regalo mi pin de la Cruz Roja para que no me extrañes —dijo al tiempo que se quitaba el adorno y lo dejaba en el buró junto a la cama. Él, recuperando la respiración poco a poco, la vio salir del cuarto. Durmió el resto de la noche con una sonrisa en el rostro.

A la mañana del tercer día el médico le informó que había remitido la infección y que lo más probable es que fuera su última noche en el hospital.

No se concentraba en otra cosa que no fuera Karla. Otra vez lo mordió el sentimiento de culpa pensando en que le jugaba chueco a su esposa ausente, quien no se había tomado la molestia siquiera de llamarle por teléfono.

Transcurrieron despacio las horas de la tarde. Las manos le sudaban y no podía mantenerse quieto. A ratos recordaba las historias

terribles que había oído de familias deshechas por un acto de infidelidad y le entraba pavor; pero deseaba a Karla más que nada en el mundo. Su mente se debatía entre los dos indómitos mares de la culpa y el deseo.

Casi a las nueve de la noche se le ocurrió buscar información de Karla en Google, pero la tímida señal que recibía su *ipad* sólo le permitía abrir una que otra página, a una velocidad desesperante, que no terminaban de cargar cuando salía un odioso mensaje de “No hay conexión a internet”. Después de varios intentos se desesperó y desistió en su búsqueda. Ya lo haría al día siguiente saliendo del hospital.

Los minutos se movían con lentitud pasmosa, el reloj de pared parecía detenido. Caminaba de un lado a otro del cuarto, como padre que espera el alumbramiento de su primogénito. Se lavó los dientes dos veces, se revisó la lengua, se acomodó el cabello y se peinó las cejas con la mano. Observaba detenidamente en el espejo si no se veía muy ojeroso y demacrado. Se recostaba en la cama y se levantaba a los tres minutos y volvía a revisarse en el espejo del baño. Se sentía más que ridículo con la espantosa batita hospitalaria abierta por detrás y sentía un chiflón de aire en la espalda y en sus velludas nalgas al viento. En su agitación venía a su mente la cara de Mirta y le daba coraje pensar que ni siquiera le había llamado.

¡Por fin! Dieron las once de la noche en punto y entró la enfermera. Venía guapísima y sensual en un ceñido uniforme blanco. Ella se acercó despacio y lo besó entre la mejilla y la boca, dejando una leve humedad sobre su labio superior.

—Hola, guapo —le dijo coqueta—, te tengo una sorpresa, será una noche inolvidable. Pero primero la obligación y después la devoción, así que acuéstate que te voy a revisar.

Él quiso acercarse para besarla, pero ella, poniendo una mano en su pecho, lo rechazó, obligándolo a recostarse en la cama. Se tendió a regañadientes como niño castigado y se dejó hacer. Por primera vez se fijó que ella no hacía anotaciones en el registro de signos vitales, en la tabla con *clip* al pie de la cabecera, como lo hacía el resto de las enfermeras.

Cuando Karla terminó se acercó a la puerta de la habitación y la cerró con seguro. Él se sentó a la orilla de la alta cama. Ella se acercó desabotonándose la blusa; poco a poco puso al descubierto un bra-sier retro, color carne, que envolvía unos senos magníficos, blancos, como de porcelana. Se quitó el pantalón del uniforme y lo dobló junto con la blusa en el sillón para visitas.

José María la jaló de la cintura y besó sus senos con la desesperación del náufrago que bebe agua. El corazón le latía en forma descontrolada y su erección levantaba la bata azul. Con las manos temblorosas retiró la ropa interior de Karla. Sus senos redondos y firmes estaban coronados por pezones de un rosa pálido, que se erigían por el frío de la habitación y los besos húmedos. Su vientre era plano y su pubis de vello abundante.

De repente, un rayo de consciencia cruzó su mente y se percató de que estaba a punto de ser infiel a su esposa, por vez primera, después de muchos años de casado; que en ese instante tendría que decidir si seguía adelante o reculaba. Ella captó el breve titubeo y sin dejarlo pensar se acercó a besarle las orejas y el cuello, quitándole la bata. La decisión estaba tomada. Un río de enojo contra Mirta, en un mar de deseo por Karla, provocaron que tumbara a la enfermera de espaldas en la cama y la acometiera furiosamente, mientras la mujer, con los ojos cerrados, gemía ante cada embestida. Después, sin salir de ella, la levantó y se la sentó encima a horcajadas; ahora ella impuso el ritmo con amplios movimientos circulares de cadera; provocando que el miembro erecto entrara y saliera, primero despacio, y después con una fuerza vigorosa. Ella alcanzó tres ruidosos orgasmos y él uno en el que sintió que vaciaba por completo su alma.

Se enfundó otra vez en la ridícula bata mientras la admiraba vistiéndose. *Consumatum est* –pensó, limpiándose el sudor de la frente– acabo de integrarme a la inmensa legión de hombres infieles. Se sentía un poco confuso pero en absoluto arrepentido.

–Karla, tengo que volver a verte fuera de aquí –dijo desesperado, casi suplicante.

–No hay manera, esto sólo ocurrió hoy y aquí, no hay forma de que se repita afuera.

–Pero, es que necesito...

–Shhhhh...no digas más –dijo ella, cerrándole los labios con el índice, fino y helado–. Tengo que irme pero regreso más tarde y practicamos–. Se acercó y cariñosamente lo besó en la boca.

La agitación y los sentimientos encontrados cedieron ante el sueño y José María no supo a qué hora se quedó dormido. Despertó a las ocho de la mañana con la noticia de que sería dado de alta.

Recogió sus escasas pertenencias pensando si podría ver a Mirta a la cara y si ella notaría algo en su actitud, en su olor o si de alguna forma se enteraría de lo sucedido con Karla. Bajó a pagar la cuenta en caja y pasó a la oficina de personal del hospital. Sobre la solapa del saco se había prendido el pin de la Cruz Roja.

–Señorita, ¿cómo puedo localizar a la enfermera Karla Poussin?, fíjese que mi madre está enferma y quisiera ver si ella la puede acompañar– mintió.

La secretaria, de mal modo, buscó en su computadora el nombre de la enfermera.

–¿Cómo dice que se llama?

–Karla, Karla Poussin, es del turno de la noche.

–No me aparece nadie con ese nombre.

–Qué extraño, ¡no puede ser! ¿Puede revisar otra vez, por favor?

–Ya le dije que no hay nadie con ese nombre y, además, no le puedo dar datos, son confidenciales– añadió sin levantar la vista.

José María regresó a la habitación a recoger sus cosas. Se detuvo en la puerta para revivir las escenas con Karla y casi pudo percibir su perfume dulzón. Salió y se detuvo en la central de enfermeras de su piso.

–Hola, señorita –dijo tratando de desplegar todo su encanto–, le quiero preguntar por una enfermera del turno de la noche que necesito localizar, se llama Karla Poussin, es una rubia de ojos claros y cabello corto

–¿Está seguro? No me suena ni el nombre ni la descripción.

–¡Claro que estoy seguro! –contestó un poco desesperado– ¡Las tres noches que estuve aquí ella llegaba a las once y... me atendía!

—No me aparece en la computadora, mmm... a ver, déjeme ver... véngase conmigo, —dijo la señorita, encaminándose al cuarto 237.

En la habitación tomó las hojas de control de signos vitales del paciente.

—A ver... —dijo ella, volteando una a una las hojas de registro— pues mire, no hay anotación de ninguna enfermera de la noche que se llame como usted dice, además, como tenemos que registrar los patrones de sueño, dice también que usted se quedó dormido las tres noches, entre las diez y media y las once, seguro por el somnífero que le estuvimos administrando.

—¡Pero eso no es posible! —insistió él, casi arrebatándole la tabla de registros— ¡Le juro que platiqué con Karla las tres noches! ¡Por supuesto que estaba despierto!

—Aquí dice que a esa hora estaba dormido. Además, no hay ninguna enfermera con ese nombre. ¡Capaz y la soñó! —contestó ella en tono divertido.

José María se retiró del hospital confundido y desmoralizado. Llegó en Uber a su casa y la encontró fría y vacía. Aún adolorido por la operación y arrastrando su estado de ánimo, se quitó el saco y se recostó. Abrió su laptop y googleo: “Karla Poussin, enfermera”. Las tres o cuatro direcciones web iniciales eran anuncios de servicios médicos, enfermeras a domicilio y hasta la página de una tienda erótica que vendía uniformes. La séptima dirección informaba parcialmente una noticia perturbadora de veinte años atrás. Hizo click en el vínculo y se desplegó la siguiente nota:

“Periódico *Excelsior*. Enero 17 de 1997.

Hallan colgada a enfermera en cuarto de hospital.

Samuel del Villar, Procurador del Departamento del Distrito Federal, confirmó el día de hoy que el cuerpo sin vida de una enfermera, quien respondía al nombre de Karla Poussin, fue encontrado ayer, colgado del plafón del cuarto 237 del Hospital Humana, del Pedregal. Aparentemente, la enfermera de 32 años se suicidó en la misma habitación en la que noches antes había descubierto a su prometido, un médico de la misma institución, teniendo relaciones con una compañera suya...”

Acompañaba al artículo periodístico la imagen de una credencial de hospital expedida veintitrés años antes, en 1994. En ella se veía en una fotografía oval, en blanco y negro, la cara sonriente de la chica con quien José María había sido infiel a Mirta. Aturdido, leyó la nota tres veces más y capturó en la pantalla la fotografía de la credencial de Karla. Impotente y con las manos frías y temblorosas, José María cerró despacio la computadora, conteniendo las ganas de llorar.

Fecha de recepción: 20/07/19
Fecha de aceptación: 04/12/19